

MOMENTOS...

Homenaje a Adelardo Covarsí, en su obra pictórica.

I MONTERÍA

La sierra de Monfragüe ceñida de tormentas,
recia de madroñeras y tupida de jaras
retiembla de fragores por la jauría que pasa
veloz, como una tromba de ladridos y afanes.
Por entre los chaparros y el lentisco escarchado
cruza un tropel nervioso de reses acuciadas.
Se oye del caracol un lamento doblado,
que el eco agranda múltiple de la oquedad del monte.
La ágil gacela salta como un arco dorado.
El jabalí desgarrá, resoplando furioso.
El ciervo mira atrás hacia un punto lejano
y la liebre agazapa su miedo entre las rocas...
Los fuertes peones ágiles avanzan sudorosos
y escalan de la sierra los altos miradores.
Los monteros aprestan sus armas al acecho
dispuestos a cobrar su tributo de sangre...
Un viento vespertino silva ululante y fino
la canción, aguerrida, que es ofrenda a Diana.
La tarde va poniendo lágrimas de amatista
por llanto del Ocaso, en la Noche que llega.

II TROFEOS

Yacen sobre la hierba las cosas de la caza.
Un sombrero marrón, con dos plumas de garza,
que tornasolan limpios reflejos gris-verdosos
en los lindos compactos de su seda flexible...
El cinturón nutrido de cartuchos pesados,
donde la Muerte acecha por la boca apretada,
fiel al ojo amarillo con la niña de cobre,
sumiso al mando cierto en la oscura escopeta...
Por el morral de cuero entreabierto se escapan
las perdices envueltas en sus plumas policromas,
con la carne templada aún palpitante y tibia;
solo está frío ya el coral de sus patas...
Un ánade de cuello azul como el acero,
con su pico de ámbar y su pechuga húmeda

exhala aroma fresco de las cañas del río,
de nenúfares blancos y de rojas adelfas.
Un rebeco de Gredos con cuernos retorcidos
en sus pupilas frías, tiene nieve quebrada.
La nieve blanca y limpia, áspera y deslumbrante.
de las más altas cimas de aquel paraje ibérico.

III

MONTERO MAYOR

Aquel gran Don Antonio del perfil aquilino...
¡Cómo se ha eternizado en un lienzo señero!
Desde Picos de Europa hasta la Lusitania,
ningún paraje agreste le fué desconocido.
Su mano empuñó siempre escopeta y cuchillo,
y, envuelto en la elegancia de su capa aguacera
sus pasos recorrieron todas las serranías,
tras la piezas más bravas de los campos hispánicos.
Así lo vieron siempre; y así quiso su hijo,
que la posteridad guardara su pergeño
teniendo como fondo el campo inmenso y puro.
¡Con qué pulida unción el hijo pintaría,
la pupila escrutante de sin par agudeza!
¡Como el pincel se haría caricia delectante
en la paterna mano que empuña la escopeta!
Todo el tierno cariño del corazón filial
salió por el pincel hecho amor y emoción
para darnos con brío la imagen de su padre,
con técnica segura y velazgueño empaque.

IV

LA ENCINA MILENARIA

Subí a su estudio alto aquella tarde clara,
dorada y luminosa de principios de Otoño.
Adelardo, cordial, pintaba un amplio lienzo
donde estallaba el júbilo de la estación florida.
Aunque era Otoño áureo, su primavera interna
metida en sus pupilas sagaces y afiladas,
la iba llevando al cuadro con destreza suave
por su pincel certero, magistral y evidente...
Como en las sinfonías de amplio motivo, unánime
las notas van trenzando diversidad cromática;
así allí los colores en una gama misma
entonaron un himno color de la Esperanza...
Los más variados verdes tiernos, jugosos, limpios
eran como una ronda juguetona y alada
de Gracias enjovadas por la azul Primavera,
que saltaran gozosas de la paleta al lienzo...

...Y bajo la pomposa encina milenaria,
que sabe cultos druidicos de los antiguos celtas
la honrada cabalgata del Campo Rebellado,
puso la nota enérgica de su elegancia sobria.

V

OTOÑADA

Sube un vaho caliente de la tierra empapada,
que es como una caricia en la tarde madura.
La amplitud del paisaje es tan profunda y ancha,
que su contorno mide leguas en cruz y cuadro.
Hay tierras ocre, pardas, sienas y violetas,
con brotes incipientes de verdes renovados.
En el fondo lejano, unos montes azules,
se envuelven en las gasas de una bruma imprecisa.
El Guadiana amado, entre márgenes tiernas
es una pincelada, como plata bruñida,
que va lento en su curso entre doradas luces
buscando en su carrera las aguas de Occidente...
Unas nubes redondas, caprichosas, espesas,
tornasolan sus nácares con las brasas solares,
y, el pincel va vistiendo de colores precisos
de este Otoño el ensueño dormido sobre el lienzo.
Badajoz, se recorta con sus torres altivas,
como un navio anclado en mares del recuerdo.
Cuando, Adelardo, ágil, plega su caballete,
Dios enciende en el cielo las primeras estrellas...

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ

Cortijo del Carmen, Junio de 1952.

